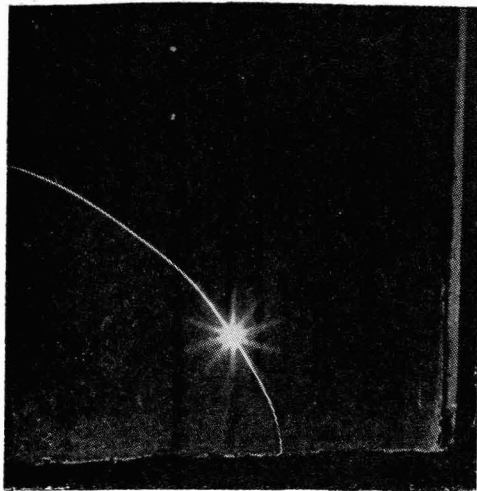




"asoma a todos los crepúsculos"

y otra vez al premio gordo de la mala suerte!

El neurasténico con la pipa del ensueño en los labios asoma a todos los crepúsculos. Ahora el teléfono no suena ni por equivocación. Antes de la espera todos los números telefónicos de la ciudad se confabulaban para equivocarse en el mismo aparato. Las calles prosaicas olvidan evocar el fantasma de una mujer. Los faroles públicos recuerdan el incumplimiento de las promesas más solemnes: son las erguidas lápidas de la constancia masculina.

El insomnio de los neurasténicos abunda en incitantes taconeos femeninos: son las mujeres que perdieron el último tranvía de la noche. La noche es la gota de un filtro monótono y tedioso.

dos últimas generaciones, que tuvieron que dar el paso del aislamiento frente al mundo internacional. No es desprecio sarcástico el de la nueva generación, sino olvido de la experiencia en un paso difícil. La nueva generación, que trabaja a jornadas forzadas para abrirse paso en un ambiente arduo, no admite fácilmente la declaración de que un pueblo es un pueblo feliz cuando obedece, y contento cuando sirve. En la misma página donde se publica esa definición, se daba la noticia de la huelga de esposas. Un hecho curioso, que puede darnos idea de una nueva dirección y de un modo erróneo de llevarla adelante. Los componentes de la Asociación de Esposas de una aldea rural se reúnen para pedir a sus maridos una paga de 2,000 yenes como aguinaldo. Y lo exigen con la huelga. Un hecho sencillamente curioso, pero que quiere indicarnos un despertar del débil, y que acusa también el estado servil de la esposa en la casa japonesa. Si la esposa quiere asumir el mando de la casa, tendrá que acudir a otros medios que no sean precisamente la huelga.

Cuando últimamente se propuso en la Dieta la revisión de la actual Constitución japonesa, hubo dos bloques que se levantaron en protesta: los estudiantes, que presentían la vuelta del militarismo; las mujeres, que temían se les suprimiera la igualdad de derechos que se les concedió al terminar la guerra. Ninguna de las dos partes quería volver atrás. Para muchos japoneses el Japón de antes de la guerra está tan lejos como el Japón de revistas misionales para el niño de Domund.

El que Japón se constituya o no en cabeza del mundo asiático, es algo que deberá decidir, y no muy lejanamente, la nueva generación. La superioridad que se encuentra en Japón con relación a los demás países asiáticos va habla muy en favor de una dirección japonesa, por lo menos en lo cultural. La hora escasa de vuelo entre Seúl y Tokio, cruza un abismo. Los dos pueblos vecinos fueron desgarrados por la guerra. Pero Japón ya no enseña escombros al visitante, y sí presenta un tren de vida moderno, índice de una personalidad muy superior.

El número extraordinariamente grande de estudiantes asiáticos en Japón, habla de la influencia japonesa en Asia, India, Indonesia, Irán, Pakistán, Vietnam, Camboya, Ceilán, Tailandia, Burma, Malaya y Filipinas se han vuelto hacia Tokio, buscando en los amplios edificios de sus universidades la nueva orientación en que se mueve el Continente asiático.

Un profeta humorista de otro periódico, con motivo del final de año, delineaba los hechos del primero de enero del año 1960. En medio de su humor proponía una línea histórica para el futuro del Japón: "La cultura europea, que ha dominado al mundo por muchos siglos, ha llegado a su ocaso. El mundo saluda con entusiasmo la aurora de la cultura asiática".

Si esta profecía se cumpliera, la juventud japonesa tendría —según ella cree desde ahora— un papel importante que desempeñar. Lástima, sólo que en estas cosas el materialismo moderno esté cerrando las puertas a los valores espirituales y trascendentes.

CARTA DEL JAPON

Por Miguel SERRANO

Encrucijada de una nueva generación

EN LAS ACTUALES circunstancias —aseguraba un periódico japonés hace poco tiempo—, el pueblo japonés no vería mal que América, la Unión Soviética o China tomaran las riendas del mundo asiático. Más aún, quedaría impasible ante un nuevo héroe africano que se levantara para dirigir el mundo y el movimiento asiáticos. Japón —decía el mismo periódico— está preparado para aceptar a cualquier nuevo rector de los destinos de Asia, sin que importe su color o credo. Japón está preparado para inclinarse a la manera tradicional ante el primer líder de Asia.

¿Hasta dónde llega la verdad de estas afirmaciones que se hacían públicamente en representación de un pueblo? La historia de un país puede aducir pruebas en pro y en contra de cualquier afirmación. Todo depende del punto de vista de la interpretación que pretendamos. Japón no desea las riendas de Asia, se ha dicho, y el primer hecho histórico que se aduce es el desastre de la segunda guerra mundial, que hizo que Japón perdiera la confianza en sí mismo. Si alguna vez Japón tuvo la ambición de ser la cabeza asiática, todo se fue con el humo y los escombros de la última guerra mundial. Y Japón está contento con el nuevo rumbo de los acontecimientos.

Una afirmación de esta clase, cuando la generación antigua se halla todavía bajo el peso de esos escombros, mientras la nueva generación se levanta sin ningún recuerdo del sonido de los cañones, es un poco prematura. Convendría aguardar un tiempo para que esa distancia abismal que separa a padres e hijos se acortara un poco.

La historia de casi todos los países asiáticos nos habla de fronteras cerradas al exterior. Su civilización se ha incubado con su propio calor. La ruptura de esas murallas de granito ha tenido que venir con una situación internacional que ha hecho imposible el seguir viviendo en el aislamiento de la propia cultura. Japón es uno de los primeros en lanzarse afuera, y lo hace con ímpetus bélicos.

En los tópicos históricos con que suele designarse el carácter de un pueblo, hay que introducir de cuando en cuando reformas. El tiempo y los acontecimientos traen desgastes que imponen un reajuste cuando entre la definición y el ejemplo se establece una ruptura. Hasta hace menos de sesenta años en Japón no se conocían las palabras "libertad" y "derecho". Debido a la supresión de los derechos personales y de la libertad, el pueblo japonés había perdido la noción de ellos, y llegó a familiarizarse con su ausencia. Todavía hoy día hay quien no entiende estas dos palabras que quedaron escritas por McArthur en la actual Constitución japonesa. Sin embargo, querer definir al pueblo japonés le hoy sin estas dos palabras sería inexacto.

Japón no ha perdido la confianza en sí mismo. La generación nueva tiende a levantarse sobre sus propios valores, despreciando un poco la tradición. Su encogerse de hombros se dirige principalmente a esa tradición sustentada por las



"un papel importante que desempeñar"